

# Un verdadero lío

Daniel Nesquens

alta  
mar











# Un verdadero lío

Daniel Nesquens



Ilustración Xiana Teimoy

**B** Bruño

Puedes encontrar el **Taller de lectura**  
en **www.brunolibros.es**

© Del texto: Daniel Nesquens, 2024  
© De las ilustraciones: Xiana Teimoy, 2024

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2024  
Valentín Beato, 21  
28037 Madrid

Dirección editorial: Begoña Lozano  
Edición: Laura Trueba  
Diseño de cubierta e interiores: Gerardo Domínguez  
Preimpresión: Alberto García

ISBN: 978-84-696-4034-0  
Depósito legal: M-112-2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

*Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

# Daniel Nesquens

El autor

**S**oy Nesquens, el que ha escrito esto que vas a leer. Soy escritor. Ya ves.

Otros son astronautas o bomberos. Si los ves de lejos igual los puedes confundir, por aquello del traje, digo. Pero si te fijas en los detalles verás que los astronautas no llevan manguera, ni escalera.

Los escritores tampoco llevan manguera, ni casco, pero se fijan en los detalles. Y esta historia está llena de detalles.

Escribo desde que era pequeño. Me publican libros desde hace más de veinte años. Y sigo con las mismas ganas del primer día.

O del segundo.



## Para ti

**U**n verdadero lío no lo es tanto. Cuando termines de leer el libro ya lo verás. Es más una sucesión o encadenamiento de sucesos que van ocurriendo sin que te des cuenta. Todo narrado con humor. Y es que me encanta el humor. Tanto que te contaría un chiste muy bueno de un inglés, un francés... Vaya, creo que era un inglés y un alemán que van a una tienda de esas que venden gafas... No, no era de gafas; era una tienda de esas que venden martillos, clavos... Entran y el dependiente..., ¿o era dependienta?

Mejor ya te contaré el chiste en otro momento. Ahora, mejor, comienza *Un verdadero lío*. Te va a gustar, seguro.

¿Te he dicho que mi nombre es Nesquens?

Daniel Nesquens



## Prólogo

**H**oy es domingo. Fantástico. Es fiesta y, por supuesto, no tengo que ir al colegio. Así que estoy muy contento. No es que me disguste ir, pero prefiero estar en mi casa, con mis cosas.

Todavía es pronto, pero no aguantaba más en la cama.

En pijama, miro por la ventana, sin abrirla, y distingo un cielo gris, pesado. Tan pesado que se podría cortar en trocitos con la ayuda de unas tijeras y colgarlo del techo de mi habitación.

Hoy es domingo y ayer fue sábado. Lo lógico. Pero no un sábado normal; fue un sábado un tanto extraño. Muy raro.

Bajo la vista. A diferencia de otros días, ahora hay muy poca actividad en la calle. Es normal. Un gato husmea en el contenedor de la basura. Gira la cabeza y ve lo mismo que yo. Ve cómo un autobús se detiene en una parada en la que nadie espera. Un señor que viste con un chándal pasado de moda, medio calvo, desciende del autobús, mira hacia los lados y se encamina al paso de peatones con el periódico en una mano.

El semáforo está en rojo. El señor se detiene y abre el periódico. No sé por qué página. Espera y lee. No sé si lee la sección de nacional, de internacional, de economía, de deportes... o de sucesos.

No creo que lo que ocurrió ayer en mi casa se mencione en ninguna de

las páginas del periódico, en la sección de sucesos, más concretamente. Pero podría haber aparecido si cualquier indiscreto periodista se hubiese puesto a preguntar qué sucedió ayer en mi casa. En esta casa.

Os cuento.



**M**e llamo Alonso y tengo nueve años, pero pronto cumpliré los diez; luego los once, los doce, los trece, los catorce...

Vivo con mis padres y con mis hermanos, y con un perro perdiguero de orejas largas y caídas.

Mi padre se llama Alberto; mi madre, Adela; mi hermano, Álvaro, y mi hermana, Andrea. Todos tenemos orejas, pero no las tenemos caídas como le ocurre al perro de mi hermano. A Benzemuá.

El mayor de mi casa es mi padre. Le siguen mi madre, mi hermano, que tiene

quince años, y mi hermana, que tiene trece. Si sumamos la edad de todos nosotros, casualmente, sale el número del portal en el que vivo. Se trata solo de una casualidad que ya no volverá a repetirse, como el cometa Halley cuando cruza la Tierra.

Nos asegura mi padre que el que todos nuestros nombres empiecen por la primera letra del abecedario también es una simple casualidad. Que yo, por ejemplo, estuve a punto de llamarme como mi abuelo. Pero que, a última hora, en el último minuto, mi madre cambió de parecer y prefirió el nombre de Alonso. Así se llamaba, y se llama, el taxista que los llevó hasta el hospital. ¿Que cómo se llama mi abuelo? Mi abuelo se llama Fernando. Como Fernando Alonso.

Mi padre afirma que habría nacido dentro del taxi de no haber sido porque el bueno de Alonso cruzó la ciudad

a toda pastilla. Llegó al hospital en menos de seis minutos, cuando lo normal es llegar en unos treinta o cuarenta.

Dos minutos después de bajar del taxi, mi cabeza asomaba al exterior. Lloré.

—¡Es clavado a su madre! —dijo el taxista, que subió a la habitación acompañando a mis padres.

—Sí. Igual que Adela —afirmó papá emocionado.

Más tarde, cuando mi madre y yo decidimos echarnos una siestecita, los dos salieron a tomarse un café.

Desde aquel día, mi padre y Alonso entablaron una amistad que, como podréis comprobar, todavía continúa.



O s decía que lo que sucedió ayer bien pudiera haber aparecido reflejado en una de las páginas de sucesos del periódico. En el periódico de nuestra ciudad, claro está. Nada de *The New York Times*, *The Guardian* o *Le Monde*... Pero ayer, en casa, no había ningún periodista para contarlo. También es cierto que tal vez exagere un poco. Nadie asesinó a nadie, pero casi. Casi hubo un incendio; casi hubo un intento de secuestro; casi hubo un robo... Casi que me callo y sigo contándoos.

Ayer, en mi casa, no sonó ningún despertador como ocurre de lunes a viernes. Estábamos sentados a la mesa: desayunando. Solo se escuchaba el tintineo de cucharillas. Todos dando buena cuenta de lo que había allí: leche, café, cereales, zumo, mermelada de melocotón, unas rosquillas caseras que estaban riquísimas y dos magdalenas ya duras que nadie quería. El primero que terminó de desayunar y se levantó de la silla fue mi hermano Álvaro. Es el máximo goleador de su equipo de fútbol sala, tenía partido y aseguraba que ya llegaba tarde. Mi hermano enjuagó su taza en el fregadero, la metió dentro del lavavajillas y se despidió con un:

—¡Deseadme suerte, familia!

El siguiente en levantarse fue mi padre. Tenía que comprar una arandela especial para el grifo de la ducha, que estaba estropeado. Además, debía recoger

a mi abuelo, a mi abuelo Fernando que, como casi todos los sábados, comía en nuestra casa.

Los demás nos quedamos un rato degustando el sabor casero del sábado por la mañana. Sin prisas, pensando en nuestras cosas.

Mi hermana bostezó y se llevó la mano a la boca. Se encogió de hombros y se reclinó en la silla, que crujió. Mamá arrugó la nariz, estiró los brazos, se desperezó y se levantó.

Apuré mi leche con cacao y ayudé a retirar todo lo que había sobre la mesa. Mamá se acercó a mí y me besó en la frente. A continuación, puso la palma de su mano sobre su beso. Movié la cabeza e hizo un chasquido con la lengua. Mi estado de salud no era el mejor. Mi garganta estaba irritada y notaba cierto escozor. Seguro que tenía algo de fiebre. Y todo por no hacerle caso.



—Si te bebes la naranjada con tantos cubitos de hielo, te pondrás malo —me había dicho la tarde de antes, con la cara muy seria.

Pero no le hice caso y me tomé la naranjada con cubitos. Siempre tardo en darme cuenta de lo sabia que es.

Cuando sonó el teléfono, mi madre estaba inmersa en una novela de las que a ella le gustan a rabiar; mi hermana realizaba un *collage* para un trabajo escolar, y yo, con el termómetro en la boca, estaba a punto de levantarme para irme a la cama con la idea de recuperarme rápidamente de mi dolor de garganta. Mamá plantó el marcapáginas en la página en la que estaba, dejó el libro sobre la mesa de centro, se mordió el labio y fue a descolgar el aparato.